

Gutiérrez, ha llorado usted exactamente sesenta y dos veces durante las últimas diez clases? —silencio—. Conteste.

Ella lo hace moqueando:

—Es que no puedo remediarlo.

—¿Es que no tiene dominio sobre sus músculos lacrimales?

—No sé.

—¿Cómo que no sabe?

—No lo sé, maestro.

—Pues es que no lo tiene. Haga ejercicios todas las mañanas ante un espejo: lllore usted, pare de llorar; lllore usted, pare de llorar; lllore usted, es muy sencillo.

—Está bien maestro.

—Lo importante es que no venga usted a mi clase con la falta de dominio sobre su fisiología que la caracteriza. —pausa. El profesor Rocafuerte medita—. También es posible, señorita Gutiérrez, que todo provenga de un desorden nervioso. ¿Es usted histérica?

—No sé, maestro.

—¿Pero cómo que no lo sabe? No es posible que alguien viva en tal ignorancia de su personalidad. Consulte usted a un psiquiatra.

—¿Por qué?, si me siento perfectamente.

—¿Se siente perfectamente? Pues es la peor anomalía que puede haber. Está usted loca. O bien, vive usted en la más absoluta ignorancia del mundo que nos rodea; ¿cómo sentirse perfectamente dentro de tanta iniseria? ¿No ve usted las injusticias enormes que se cometen todos los días? ¿No se da cuenta de la imbecilidad de que están plagados los periódicos? Además, miente usted —Sarita lo mira sobrecogida—. ¿Cómo se atreve a decirme que se siente perfectamente si en mi clase, que no son más que dos horas semanales, ha llorado sesenta y dos veces en un solo mes? —la mira en silencio un momento. Le ha nacido una sospecha—. ¿O es que sólo en mi clase llora? —pausa. Con voz de trueno—. ¡Conteste! —ella, cubriéndose la boca con las manos, hace un gesto afirmativo—. ¿Y por qué, se puede saber? ¡Con un demonio! ¿Por qué viene usted a atormentarme? ¿Por qué llora en mi clase?

Sarita contesta por fin:

—Porque me da usted mucha lástima.

Silencio. Rocafuerte la mira perplejo.

—¿Y usted, una histérica, una loca, una ignorante, se compadece de mí? —Sarita responde con un gesto afirmativo. Rocafuerte respira hondamente, tratando de dominarse—. Mire, Sara, hágame el favor de abrir la ventana.

Sara va a la ventana, la abre, y regresa a su lugar. Rocafuerte, inquieto, pasea la mirada por el salón, se frota las manos, y prosigue:

—Gracias. Hablábamos antier de los verbos irregulares, o mejor dicho, de aquellos verbos cuyas irregularidades son especiales, tales como andar, asir, caer, dar, decir, erguir, estar, haber, hacer, oír y placer. ¿Por qué le doy lástima, Sarita?

—Porque es usted tan tierno...

Con voz de trueno, Rocafuerte dice:

—¿Tierno yo?

—Sí, y porque sufre mucho.

El profesor queda asombrado.

—¿Sufrir? ¡Qué poco conocimiento de la vida! Me da usted risa: jo, jo, jo. ¡Lo que es la adolescencia! Qué tontería. Eso demuestra que no tiene usted la más remota idea de lo que es el sufrimiento, ni la felicidad, ni nada. Es usted peor que ignorante, es casi imbécil. Continúo: estudiaremos en la clase de hoy, las irregularidades especiales de los verbos poder, poner, pudrir, o podrir... ¿Y por qué, se puede saber, cree usted que yo sufro?

—Porque todos sus alumnos se han ido de clase.

—Pero, imbécil, ¿no se ha dado cuenta de que no se han ido ellos, sino que yo he ido expulsándolos uno por uno, porque no puedo transigir con la ignorancia, y con la pereza, y con la abulia, y con cuarenta oligofrénicos mirándome durante una hora? Y de cualquier manera, aunque se hubieran ido *motu proprio*, ¿cree usted que me hacen falta? ¿Cree usted que la ausencia de esas personas es bastante para causar la infelicidad de un hombre como yo?

—Y también me da mucho pesar que no le publiquen sus poemas.

—Pero muchacha estúpida, ¿no se da cuenta de que ser ignorado por este mundo platitudinesco es el mejor galardón para un poeta? Preocupación me daría el tener cabida en esas revistas que produce la cultura de petate a la que tengo la desdicha de pertenecer; me llenaría de terror si me eligieran Miembro de Número de la Academia de la Lengua, y si me dieran el premio Nobel comprendería que había llegado al anquilosamiento final. Estoy encantado de ser oscuro, y libre, y alegre... Prosigo: estudiaremos en primer lugar las irregularidades especiales del verbo pudrir, o podrir...

—Y también me da usted lástima porque...

—No me interrumpa, caramba —De un puñetazo en la mesa. Hay un silencio. Se aclara la garganta—. Prosigo... ¿Por qué más le doy lástima?

—Porque le falta amor.

Rocafuerte se desfigura de ira.

—¿Y usted qué sabe lo que es el amor? ¿Usted, virgen inviolada; santucha, adolescente, hija de María? ¿Cómo se atreve a decirme eso, mal educada? Cursi. Con un cerebro lleno de tules color de rosa. ¿Cómo se atreve, ñoña, a decirle semejante cosa a un hombre que es todo plenitud? ¡Lárguese de mi clase inmediatamente! —Sarita solloza, y va saliendo de la clase con sus libros en la mano—. No quiero volver a verla en todos los días de mi vida. Me da usted náusea. Me irrita. Me enferma. No vuelva nunca. Nunca. Nunca.

Sarita ha salido de clase, el profesor Rocafuerte, con las manos sobre sus rodillas respira hondamente, en actitud heroica.

## M A R Í A

Por Max AUB

Dibujos de VLADY

(Un estudio de bailarina. Enorme espejo al fondo —a ser posible llenando el último término— en el que se reflejan los espectadores, en contra de todas las leyes de dirección de escena; a su largo, barra de ejercicios. La actriz, en malla de trabajo, habla por teléfono, un aparato portátil, pegada al lateral izquierdo.)

—NO. NO VENGAS. Sería inútil: ya me habré marchado. Estoy vestida. Llamé un taxi. Dejaré la casa cerrada... Nadie te abrirá... Prueba... No... No tiene remedio.

(Cuelga. Deja el aparato entre cajas. Vuelve. Camina desalentada. Se ve en el espejo. Reacciona. Le habla a su figura)

—Sí: voy a hacer exactamente lo que no quiero hacer porque quiero hacer lo que no debo...

—¿Qué debieras hacer, María? ¿Tú lo sabes? Sí, lo sabes, y callas.

(Se aparta, gira, vuelve a su imagen)

—Es curioso: nos vemos todos los días, hace años, no una sino cien veces, seguido, ¡y nos conocemos tan poco! De vista, desde luego. Nos saludamos de paso, al paso... Vecinas. Juntas pero no revueltas. ¡Hola, María! ¿Cómo te fue hoy? ¿De la patada, verdad? Perdona, soy muy ordinaria. ¿Mal, verdad? Para variar... O bien. ¿Qué más da? Al fin y al cabo... Claro que miento, pero tú me entiendes... Eso sí, ves, aunque parezca mentira: entendernos, nos entendemos bastante bien; a pesar de todo... ¡Qué divertido es el mundo! ¿Quién lo diría? ¿Quién diría qué? El mundo es un revoltijo de frases sin acabar. Y como en las escuelas, en los colegios, en las universidades enseñan a resolver los problemas y, si no das con la solución exacta te castigan, hemos venido a creer que todos los problemas tienen solución. Y justa, para acabarlo de fastidiar. Y no hay tal: hay muchos problemas sin solución, señorita María...

(Se mira con cuidado. Rie)

—Señorita María!... ¡Hazme el favor! ¿Qué favor? ¿Con quién estás hablando tú? ¿Tienes alguna idea de quién soy

yo? Porque no hay duda de que tú —la que veo— existe. Estás ahí, en frente, clara, con tus líneas precisas —encerrada en tus líneas precisas...—, pero yo, la que te habla, ¿quién soy? No me lo vas a decir: no lo sabes; sabes que no lo sabes. Y si por un atisbo lo supieras —esos ramalazos que de pronto te dejan estremecida, en carne viva— no te atreverías a darme. Porque eres cobarde. Cobarde, cobarde...

*(Lo ha dicho muy bajo)*

—No. No eres cobarde, no soy cobarde. La prueba: voy a hacer precisamente lo que no quiero hacer.

*(Cambia radicalmente de tono)*

—Señorita María: ¡atención!, ¡atención!, ¡primera posición! Lo primero: aprender a saludar al público con reverencia.

*(Lo hace)*

—Se debe usted al público... Me debo... ¿Qué debo? ¿Qué me debo? ¿Qué le debo a mí misma? Deudora de mí... A tus pies, rendida; rendidamente a tus pies.

*(Se sienta en el suelo, contra el espejo. Lo toca. Se asusta a sí misma)*

—¡Uuuuuh! ¿Te doy miedo? Entonces: de espaldas.

*(Se vuelve, de cara al público)*

—María Molina, prima ballerina estrella, para servir... ¿a quién? Las estrellas se reorganizan para anunciar mi actuación en el Covent Garden. María Molina, sin par; María, sin par... sin par, impar... im-par. María sin par. ¡No me llegas ni a...!

*(Se le quiebra la voz en un lamento hondo que se convierte en un alarido ululante. Queda rota. Suena un timbre. No se mueve. Vuelve a sonar el timbre. Se incorpora lentamente)*

—¡Llama! Viniste volando...

*(Suena el timbre)*

—¡Insiste! ¡Insiste! ¡Insiste!

*(Pausa. Suena otra vez el timbre, largamente. Ahora habla con voz suplicante)*

—Sí mi amor. Llama repite. Te oigo, te sé ahí. ¿Qué esperas? ¿Que te abra? Ya me abrí... ¿y qué?

*(Vuelve a llamar el timbre, seco, corto)*

—Me fui. Ahora te vas a ir tú. Cree que ya no te quiero.

*(Desalentada)*

—Cree lo que te dé la gana. Pero ¡vete! ¡vete! ¡vete!

*(Vuelve al espejo)*

—No sabe que sólo duermo contigo.

*(Se hace una reverencia)*

—¿Por qué no te entregas nunca del todo? ¿Por qué no te entregas nunca como te entregas al trabajo: al baile, a la música; como te entregarás a la muerte, cuando sea? ¿Qué pago que sólo el trabajo me hace olvidar de mí misma? ¿La gloria? ¿De veras sólo la gloria es capaz de hacer que no me pueda acordar de mí, o de ti?

*(Se pega al espejo. Se separa)*

—¿Usted no me comprende, verdad? Se lo voy a explicar en pocas palabras para que no haya equívocos al día de mañana. Me llamo María Ortiz —digo: Molina—. Ahí empieza la bifurcación. Soy una persona en cruz, en-cru-ci-ja-da, con caminos para todos los lados.

*(Está con los brazos y piernas en aspa)*

—Una persona de mucho andar. Lo que es natural en una bailarina. Una persona muy andada, pisada por muchos tran-



señtes. Por aquí, por ahí se va a... ¿A dónde, María? ¿Y por allá? He aquí el problema: no se sabe nunca a dónde se va. Se supone. Hay que fiarse. Hay que fiarse de lo que digan a una. Y tú nunca te fías. Ni de tí, ni de mí... Si estuviese segura de que por aquí... Sólo sé lo que no quiero. ¡Y no quiero quererte como te iba a querer!

*(Mucho más bajo)*

—Tal vez no te podría llegar a querer como creo que te iba a querer, como creo que te debiera querer y por eso te me niego... ¡Oh, amor! Te destruyo por miedo de no quererte tanto como creo que te pudiera querer: Olvidarme en ti; destruirme en ti; aniquilarme en ti.

*(Se vuelve rápidamente hacia su figura)*

—Olvidarte. Borrar la bailarina. Disolverme.

*(De pronto en tono festivo)*

—Se deja caer en el fondo del vaso y surge un precioso color azul. Ese horrendo color azul del traje de Amalia, que te gustó tanto.

*(Va hacia las cajas. Pone un disco. Música mecánica de ejercicios o escalas)*

—Hemos sido muy felices: razón para no serlo más. Basta, ¡Basta! Que talle otro. Otro talle para tí, otro talle para mí. ¡Y ya!

*(Para el disco. Hace Gimnasia rítmica ante el espejo)*

—¡Un, dos! ¡Un, dos, tres! ¡Un, dos!

*(Se pavonea, mirándose, admirándose)*

—¿O es que la juventud no es razón? Porque soy joven, mucho más joven que tú —la que estás ahí—; mucho más joven que él.

*(Se acerca al espejo)*

—¿Te doy miedo? ¿A quién amedrento? ¿A ti? ¿A mí? ¿Quién te deja? ¿Quién le deja? Me negué a seguirle. Le dije: —No. Lo oíste. Vino. Llamó. Se fue. Lo viste. ¿Sabes por qué lo hice? ¿Sabes por quién lo hice? Claro que lo sabes, María mía. Por ti. Y ahora te acostarás con el maestro Julián Dicenta, para llegar antes a primera bailarina titular. ¿Estoy en lo cierto? Claro que te acostarás tú y no yo. Pero ¿quién lo sabrá? No me entrego a nadie. Óyelo bien: a nadie.

*(Cambia radicalmente de tono)*

—No creas que voy a hacer una tragedia, a soltarme el pelo o a llorar. No. Sencillamente: te cuido y no me interesa ser como mi madre. Si no que soy tu madre . . . , o, por lo menos, tu tía . . . o tu abuela. De todos modos: mucho más vieja que tú.

*(Va al tocadiscos. Música. Baila algunos pasos —según su saber— luego se queda mirándose, fija)*

—No me dirás que alguien influyó en nuestra decisión. Hice lo que no quise porque lo quise. Hago lo que quiero porque me sale de adentro. Estoy sola. Sola decidí. Esto quiero, y esto no. Elijo. Escojo. Me juego. Me juego lo que tengo y no tengo que rendir cuentas a nadie. Y menos a tí. Y si ahora no puedo más y lloro es porque me da la gana. Y si quiero bailar, bailo . . . Llegaremos al fin del mundo aunque no estés de acuerdo. Y si no basta don Julián, será don Leandro . . . Y, además será divertido . . .

¿Qué te iba a dar su mundo? ¿Niños? ¿Padres? ¿Abuelos? ¿Piedras? ¿Dinero? Los hay a montones. Vas por la calle y los encuentras a montones; recojes niños, padres, abuelos, piedras, dinero a paletadas. ¿María Molina? ¡sólo una! Y en letras mayores que nadie . . .

*(Se mira mucho tiempo)*

—Ya sé. ¿Qué sabes, María? Nada, nada, nada. Absolutamente nada, como no sea ese empuje que te lleva a hacer lo que no quieres . . . Sólo un gran letrero en la puerta del Covent Garden que dice: esta noche baila sola la hija de la gran . . .

*(Baila. Luego mira con curiosidad a su a latere)*

—¿Qué te detiene? ¿Qué te retiene? ¿Qué te impide entregarte del todo? No me mires así ni pienses tonterías. De la otra manera te has dejado ir cien veces. No sirve. El hambre no se sacia comiendo: a las equis horas ya puntea otra vez. O sí sirve, si quieres . . . Pero no sirve. Esto es precisamente —pre-ci-sa-men-te— lo que me ha movido a decirle, hace un momento, que habíamos terminado, que ya no teníamos nada

que decirnos, que era inútil que insistiera, que me iba para no volverle a ver. Tú, que lo sabes todo, a ver, explícamelo . . .

*(Suena el teléfono)*

—No estoy.

*(Cada vez que suena, monocorde, el timbre, contesta in crescendo)*

—No estoy. No estoy. No estoy. No estoy. No estoy. No estoy para nadie.

*(Deja de tocar el teléfono)*

—Sería demasiado fácil.

*(A su imagen)*

—¿Y por qué sería demasiado fácil? Lo que pasa es que el mundo es idiota. Sí. Y yo. Pero esto también es demasiado fácil. Hay que aprender: “La letra con sangre entra” “Duro y a la cabeza”. “Dos y dos son cuatro”. “Cuatro y cuatro son ocho.” Me lo enseñó mi abuela. Mejor todavía se lo enseñó mi abuela a mi mamá . . .

*(Suena de nuevo el teléfono. Habla desesperada, plantada frente al público)*

—8 y 8 son 16. 16 y 16 son 32. 32 y 32 son 64. 64 y 64 son . . . ¿Cuántos son?

*(El teléfono ha seguido sonando. Cuando deja de tocar se vuelve lentamente hacia el espejo)*

—Y no es que crea que el mundo acaba donde acabo. Conozco el valor de una manzana.

*(Toma una, en el suelo. Se la enseña a su imagen)*

—O el de un niño. Sé lo que vale una mano amiga. Sí, vieja: sabiendo eso . . . Ves: ahí me atraganto, ahí te atragantas.

*(Ríe)*

—Ahí nos atragantamos. Sabiendo eso . . . qué . . . ¿que qué? Porque el día que consigas lo que quieras ¿qué querrás? . . . Lo más probable es que, entonces como ahora, le quieras a él. Y que haya muerto.

*(Se apagan las luces. Telón)*

